EL EXILIO Y LA LUCHA (1933-1947) DE WILLY BRANDT

Fernando Benito Martín

Willy Brandt (1966): *El exilio y la lucha (1933-1947)*. Textos seleccionados por Günter Struve. Barcelona: Planeta, 1974, 360 pp.

Solo a quienes en tiempo de penumbra son capaces de vislumbrar el porvenir les está reservado el control de las épocas futuras. En 1940, hace ya 70 años que un político alemán opuesto al nazismo, Willy Brandt, quien entonces contaba tan sólo 36, escribió lo siguiente:

> Sólo una solución europea basada en la solidaridad puede acabar con la vieja contradicción entre las razones de seguridad nacional de un país y el avance del desarrollo económico, social y cultural en toda Europa… […] Cada vez aparece más claro que lo que está en el centro de la polémica es el hombre y que las instituciones económicas están ahí para servir a los hombres, y no al contrario. Si se llega a tal conclusión, habría que hacer lo posible por que la paz futura sea inseparable de un régimen económico basado en los intereses vitales de los pueblos[1].

Esta idea de una solidaridad económica constituía entonces una novedad preciosa en el quebrantado panorama internacional, y de manera especial europeo, de los años 40. Paradójicamente, hoy aún es una idea preñada de actualidad, si bien apenas eficaz en sí misma en el panorama económico internacional de esta primera década del siglo XXI, en la que parece haber quedado demostrado, para nuestra desgracia, que en el actual sistema financiero que guía la economía internacional las instituciones parecen estar por encima de los intereses de hombres y mujeres. Willy Brandt se percató bien pronto de que la Historia nos exige redefinir los conceptos con los que nos acercamos a ella y la vestimos. Cuando se ha varado, permanecer inmóvil constantemente no permite encarar los cambios a que la historia somete a las sociedades humanas. En palabras del especialista en política europea recientemente fallecido Tony Judt, «cuando las circunstancias cambian, también deberían cambiar las opiniones»[2]. Hoy, sin embargo, como ha señalado el mencionado analista, de una u otra forma, la socialdemocracia es la prosa de la política europea contemporánea. Hay muy pocos políticos europeos, y muchos menos en puestos influyentes, que no estén de acuerdo con el núcleo de supuestos socialdemócratas sobre las obligaciones del Estado, por mucho que puedan diferir en cuanto a su alcance. […] El problema actual radica no en la política socialdemócrata, sino en su lenguaje agotado. Al haberse extinguido el desafío autoritario de la izquierda, el énfasis en la democracia es en buena medida superfluo. Hoy todos somos demócratas[3].

Cierto, si bien no siempre fue así. Willy Brandt contribuyó, sin embargo, a que la socialdemocracia fuese (todavía hoy, pese a que requiera esa reforma en su lenguaje demandada por Judit) uno de los mejores legados de los que dispone la Europa unida del siglo XXI que él contribuyó a gestar. Gracias a su fidelidad a los conceptos de democracia y socialismo, que supo hábilmente combinar tal y como se lo exigían los avatares de la época, Willy Brandt supo aportar a la política europea un soplo de originalidad necesario para que Europa saliera de la posguerra unida y fortalecida. De alguna manera, Tony Judt parece referirse a él aun cuando habla en términos generales sobre lo que supuso la corriente socialdemócrata tras la II Guerra Mundial:

> La socialdemocracia siempre fue una política híbrida. En primer lugar, mezcló los sueños socialistas de una utopía poscapitalista con el reconocimiento práctico de la necesidad de vivir y trabajar en un mundo capitalista […] En segundo lugar, la socialdemocracia se tomaba en serio lo referente a la «democracia»[4].

Resumen las palabras anteriores una idea fundamental en el desarrollo de la biografía política de Willy Brandt y que puede seguirse perfectamente como línea vertebradora del libro *El exilio y la lucha (1933-1947)*, entendiéndose a partir de ahí todas las posteriores actuaciones de su autor. La obra recoge textos escritos por el propio Brandt en los que manifiesta con claridad expositora y lucidez

política sus ideas acerca de los acontecimientos internacionales ocurridos entre los años 1933 y 1947. Informes y artículos que, en su mayor parte, fueron redactados por el autor debido a sus tareas profesionales como periodista y políticas como miembro de la oposición socialista en el exilio al régimen de Hitler. Por otra parte, hay también cartas personales entre estos documentos, lo cual enriquece y contribuye a completar el paisaje de la evolución ideológica de este político a lo largo de estas dos décadas cruciales del siglo pasado. Su conocimiento directo y preciso sobre el terreno le capacitaría en los años posteriores a la guerra para el ejercicio de la política.

En este sentido, la ventaja de Brandt sobre otros teóricos o historiadores es que a él se le dio la posibilidad de poner en práctica sus proyectos con la entrada en la política nacional a finales de los años 40. Aquellos años, marcados por la llegada a la cancillería de la Alemania occidental en 1949 de Konrad Adenauer (quien, al hacerse también dos años después con el Ministerio de Asuntos Exteriores anticipaba ya la pauta a seguir años más tarde por el propio Brandt), constituyeron el momento de efervescencia de un proceso de regeneración de Alemania que, desde la partición y la división de Berlín por parte de las tropas aliadas tras la guerra, fue redefiniéndose a través de los avatares de la geopolítica de la Guerra Fría hasta acabar en 1989 con la caída del Muro de Berlín y la posterior reunificación alemana llevada a cabo en 1990 por el canciller Helmut Kohl y a cuyo significado nos referiremos más adelante.

A pesar de una cierta artificiosa construcción por parte del editor (ordenando los textos no cronológicamente sino por temas, algo difícil de lograr pues algunos de los cuales desbordan, no obstante, las páginas marcadas y se hacen presentes a lo largo de todo el libro), *El exilio y la lucha (1933-1947)* constituye una síntesis en primera persona actualizada con el tiempo, además, por el propio autor. En 1966, con 52 años de edad y con motivo de la publicación de este libro, Willy Brandt, entonces vicecanciller y ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal alemana, incluyó sendas introducciones a los capítulos en las que actualizaba su pensamiento sobre lo que en ellos había expuesto varias décadas antes.

Miembro en su juventud del Partido Socialista Alemán (SAP), Willy Brandt abandonó en 1933 Alemania y se exilió en Noruega, donde combinó el ejercicio del periodismo con diversas actividades políticas de oposición al régimen nazi. Esta cercanía de Brandt a la realidad política europea se irá afianzando con los años. Al socialismo de juventud y las aventuras políticas de los años de la guerra se dedica el segundo capítulo de *El exilio y la lucha*. En esos años fuera de su país (aunque no alejado de él) se producirá cierto distanciamiento con respecto a las posturas de la Unión Soviética, en parte debido al inicial apoyo de esta al nazismo. En línea con la socialdemocracia con la que ya se había familiarizado en años anteriores, en el ensayo *Nuestra actitud en Rusia*, escrito por Brandt en 1940, puede leerse lo siguiente:

> El socialismo es algo más que el paso de los medios de producción a manos del Estado. Su objetivo es que la sociedad asuma la tutela de la actividad productiva y saque ventajas de ella, lo que presupone que capas, cada vez más amplias del pueblo adquieran derechos de gestión sobre la vida productiva y de apropiación de los valores producidos. El socialismo apunta a la democracia económica. El socialismo no es posible sin libertad y democracia (106-107).

Resulta evidente hasta qué punto la guerra modificó los caracteres de los europeos que la vivieron de manera activa. Al contrario de otros casos de personalidades de sobra conocidas cuyo pasado ha aflorado muchas décadas después, Willy Brandt puso por delante desde el primer momento su experiencia de juventud para, permitiéndose evolucionar ideológicamente a medida que el tiempo iba matizando sus convicciones, tener sus ideas originarias como el punto de mira desde el que continuar evolucionando. «De 1933 a 1945 —sentencia el editor de los textos de este libro, Günter Struve— Willy Brandt corrigió pareceres y se apropió de nuevas ideas» (14)[5]. *El exilio y la lucha* constituye, de este modo, la crónica de cómo se fue gestando el espíritu de un político socialdemócrata y europeísta que entendió durante la guerra que la necesidad de evitarla en el futuro pasaba por afianzar las relaciones entre los europeos del este y del oeste, más allá de las disensiones políticas. Se trata, por otra parte, de una idea que ya se dejaba sentir entonces entre los aliados, como el propio Brandt acertaría a conocer más tarde[6].

Ya en 1943, Willy Brandt es consciente de la necesidad de preparar la posguerra. La preocupación por no repetir los errores de los vencedores tras 1918 es una constante en sus textos de principios de los años 40: «Si bien es difícil hacer una guerra de coalición, todavía va a ser más difícil organizar una paz con una coalición de Estados bastante dispares» (36). A las reflexiones en torno a este tema se dedican en gran medida las páginas del primer capítulo. El autor plantea, directamente incluso, la posibilidad real de una Europa federada, algo que, por otro lado, ya era una opinión extendida en el periodo de entreguerras. Sin embargo, y esto es lo original en él, su propuesta sugiere dirigir dicha federación territorialmente hacia el este de Europa. Ya a comienzos de la guerra escribe: «Las posibilidades de comercio mejorarían notablemente si se pudieran insertar Alemania y los aludidos países de Europa Oriental en una comunidad federal» (38). A sabiendas de que «una federación democrática en Centroeuropa sólo puede llegar a buen término si no está alentada por una Alemania imperialista» (40). Probablemente él tenía aún en la cabeza, a la hora de redactar estas ideas, el modelo del imperio austrohúngaro todavía existente cuando Willy Brandt nació en 1914.

De hecho, el problema de Alemania (antes y después de la guerra) también centra el contenido de un

capítulo, el tercero, si bien estamos ante un asunto que late de manera especial a lo largo de todo el libro. En primer lugar, la insistencia en evitar la identificación del régimen nazi con Alemania, que para Brandt era mucho más que una época y una generación de alemanes concreta. Asimismo, la confianza en su país fue uno de los principales elementos que a lo largo del tiempo orientaron la política de Willy Brandt, quien creía «en las fuerzas morales y constructivas de una minoría alemana, que podría convertirse paulatinamente en una mayoría estable y configurar los rasgos del ser colectivo»[7]. Como otros analistas han manifestado perspicazmente a lo largo del siglo pasado, el malestar en una región o área neurálgica constituye desde un punto de vista geopolítico un problema a corto o largo plazo. Se insertaba de esta manera Willy Brandt en la generosa y lúcida tradición que va desde el Keynes del periodo de entreguerras hasta Tony Judt. De ahí que Willy Brandt escribiera en otoño de 1947, en un artículo en el que recogía las opiniones de los noruegos sobre la situación de Alemania que «se tiene la impresión de que Europa no puede permitirse durante más tiempo una Alemania sumida en la miseria, que podría pronto convertirse en un foco conflictivo», si bien no se equivocaba al afirmar, además, que «unos seguirán el desarrollo futuro con un interés benévolo y otros con un escepticismo vigilante» (259).

En este sentido, además, hay que decir que Brandt fue un digno continuador de la política de Konrad Adenauer con quien, pese a su diferente ideología, compartía no pocos aspectos del modo político de actuar y de entender la Alemania y la Europa posterior a 1945[8]. Quizás también debido a ello mereció los elogios de Jean Monnet, quien escribió en sus *Memorias* que, cuando el alemán fue elegido canciller en 1969, «me alegré, pues estaba seguro de que introduciría en la política europea un elemento de audacia y de generosidad»[9]. Pese a lo innegable de la categoría de clásico del europeísmo que entre los políticos alemanes, y europeos en general, goza Konrad Adenauer (a quien algún día esta sección habrá de dedicar su espacio) el mérito de Brandt estuvo indudablemente en tomar su relevo para acercar la Europa salida de la II Guerra Mundial al siglo XXI. Su vigencia es en estos días de incertidumbre y necesidad de decisiones económicas solidarias una luz para el futuro pues, como ya se ha señalado, Willy Brandt se caracterizó, entre otras cosas, por una notable capacidad crítica ante la ideología de su juventud a la que miró con nuevos ojos tras los acontecimientos de la guerra y cuya reorientación encauzó en gran medida todo su proyecto político posterior.

Por otra parte, y en relación con los dos rasgos anteriormente señalados por Monnet, la audacia y la generosidad, al primero de ellos se ha referido Garton Ash cuando recuerda cómo la política de Willy Brandt de acercamiento al Este a partir de 1969 (a diferencia de la línea marcada en la década anterior por Adenauer) le supuso un severo coste en sus apoyos parlamentarios: «Las mayorías apretadas no se llevan bien con las políticas audaces»[10]. Y por lo que respecta a la generosidad, fue justamente dicha apertura hacia el Este lo que contribuyó a un cambio en la concepción de la entonces Comunidad Económica Europea, génesis de nuestra actual idea de una Unión Europea que englobe a todos los países del continente. Hoy nadie duda ya de que su idea de una Alemania puente entre las dos ideologías que tensaban el continente constituyó a un tiempo un proyecto audaz y generoso:

> Los nazis —escribió en 1946— intentaron germanizar a Europa a su manera. Lo que hay que intentar ahora es europeizar a Alemania. A ello no puede llegarse ni por el camino del desmenuzamiento ni utilizando a un grupo alemán contra otro. El problema de Alemania y Europa sólo puede solucionarse acercando el Este, el Oeste… y lo que queda en medio. Sólo puede solucionarse sobre una base de libertad y democracia (66).

Por otra parte, la generosidad en la política de este europeísta se deja ver en el hecho de que, no en vano, el capítulo sexto del libro que aquí se toma como eje de su pensamiento europeísta se encuentra dedicado a los «contactos internacionales», aspecto que Brandt cultivó con especial atención como un modo especialmente fructífero de hacer política. En cierto modo, se trata de una conciencia de la necesidad de internacionalización que él tuvo desde sus años del exilio. Desde esta perspectiva, sus contactos reiterados con miembros de otras agrupaciones o partidos socialistas constituyeron con el tiempo una importante red de lazos de amistad que le permitirían llevar a buen puerto numerosas de sus propuestas políticas. En resumidas cuentas fueron estos contactos, sin duda alguna, una cristalización de sus propias experiencias en aquellos años de juventud.

Durante los años del exilio, por ejemplo, su estancia en España en 1937 le permitió seguir en directo los acontecimientos que estaban ocurriendo en ella y, dentro de esa visión panorámica que él se estaba forjando de la política europea, llegar a la clara conciencia de que la guerra civil española fue, ante todo, una guerra donde las potencias europeas lucharon entre sí y donde no se respetó por parte de ningún bando la legalidad internacional[11]. El capítulo cuarto de *El exilio y la lucha* se dedica enteramente al caso español, verdadera antesala de la II Guerra Mundial. Una vez más, la dualidad dialogante se instalaba en Willy Brandt, que no se resignaba a ver las cosas en un empobrecedor y simplista blanco y negro. Como él mismo señalara cuando años después recordase aquellos acontecimientos (mostrando una toma de postura ejemplar ante un acontecimiento que, como nuestra guerra civil, resultó ser sumamente complejo tal y como ha demostrado posteriormente la historiografía), su juicio «sobre la revolución y la guerra españolas se forjó por un lado en la crítica al P.O.U.M. y por otro en su defensa contra la difamación y el terror» (180). Su experiencia en España no fue sino otra más de las que le permitieron forjarse esa visión crítica frente a la Unión Soviética a la que ya se ha aludido. Por eso no está de más insistir en que este conocimiento

experiencial del comunismo le serviría para retractarse y matizar algunas de sus posiciones anteriores a la guerra.

Durante la guerra —escribiría en 1966 recapitulando en esta dirección—, los miserables ataques de comunistas suecos y noruegos me ayudaron a comprender mejor el carácter específico de la maquinaria burocrática de tales partidos. A pesar de ello no abandoné la idea de un movimiento obrero único (270).

Un año más tarde, cuando en 1938 fue desprovisto de su nacionalidad alemana solicitó la noruega, con la que vivió hasta que en 1948 le fue restituida su originaria nacionalidad. El agradecimiento hacia Noruega, reflejado en los textos que se recogen en el capítulo quinto, siempre estuvo presente a lo largo de la trayectoria política de Willy Brandt, y no sólo por haber sido la patria que lo acogió durante el exilio, sino por la manera en que durante aquellos años vividos en Noruega (y en parte también en Suecia) Brandt asimiló la tradición y las ideas democráticas del norte de Europa. Fruto al mismo tiempo de este afecto hacia el país que lo acogiera desde 1933 así como de su deseo de trabajar en beneficio de Alemania sería el que en 1946 aceptara participar como agregado de prensa en la misión militar noruega en Berlín, puesto que desempeñó durante 1947. Desde entonces y a petición de los socialdemócratas alemanes pasaría, así lo cuenta en el séptimo y último capítulo de *El exilio y la lucha*, a representar al partido en Berlín ante las autoridades aliadas de la ciudad. Se iniciaba ya otra época en la que Willy Brandt pondría en práctica su idea de cómo debería regirse la política alemana y europea y que desde 1957 demostraría como alcalde de Berlín. Como había escrito en 1946 en una carta dirigida a sus amigos con motivo de su colaboración con la misión diplomática noruega: «De lo que se trata es de saber en qué lugar cada uno puede servir mejor al renacimiento europeo y a la democracia alemana» (332).

Desde esta perspectiva fundamental, los textos aquí recogidos sirven para comprender lo que significó la pasión política de este hombre a lo largo de toda su vida. Principalmente desde el citado año de 1947, justo cuando acaban los hechos relatados y sobre los que se reflexiona en *El exilio y la lucha (1933-1947)*, pero de manera esencial también, sin embargo, esta obra refleja la génesis de dicho pensamiento, compendiado en la actitud de Willy Brandt, al exiliarse en 1933, y que demuestra que otra Alemania era posible ya entonces. Él se resistió durante su juventud a que Alemania fuese identificada con el régimen hitleriano, y del mismo modo dedicó su madurez vital y profesional a sortear las trampas en las que la política de bloques de la Guerra Fría había introducido desde el primer momento a su país. Era justo, por lo tanto que, cuando hace dos décadas Alemania volvió a ser una (con las implicaciones que aquello tendría para la Unión Europea), todas las miradas de los analistas le concedieran un papel preponderante en el camino que había transcurrido entre 1945 y 1990.

Los historiadores debatirán —escribió entonces Garton Ash— si fue la incorporación de Adenauer a Occidente o la *Ostpolitik* de Brandt lo que más contribuyó al éxito del pasado año. Hay muchas razones que apoyan la afirmación de que el año de las maravillas de Europa central y del Este 1989, fue un triunfo tardío de la «teoría del imán» de Adenauer, la idea de que la atracción de una Alemania occidental libre y próspera acabaría arrastrando de forma irresistible, tarde o temprano, a la Alemania oriental pobre y sometida. Pero ¿habría podido ejercer el imán todo su poder de atracción si antes no se hubiera abierto un poco el Telón de Acero gracias a la *Ostpolitik* que lanzó Willy Brandt a finales de los sesenta? Y no fueron los vínculos de Bonn con Occidente, sino sus relaciones con el Este —sobre todo, con Moscú—, lo que permitió de forma directa la transformación del movimiento germanooriental en pro de la libertad en un Estado pangermánico unido[12].

Willy Brandt se presenta de este modo como el prototipo del europeísta dedicado a gestar la obra de Europa mediante una política y una diplomacia positivas. Él es el prototipo del europeísta consciente de que Europa es una idea que sólo se hará sorteando los problemas que la convivencia entre los distintos habitantes del continente plantea en un determinado momento. No es baladí, por todo ello, que la carrera de Willy Brandt se viese culminada, en cierto modo, con la concesión, en 1971, del Premio Nobel de la Paz. Al mismo tiempo, y como fácilmente se puede comprobar, la línea vertebradora de la obra de Willy Brandt resultó ser, en cierta medida, la actitud de cada persona ante las elecciones a que le obliga su propia peripecia vital. Como escribe el editor Günter Struve en el prólogo a la obra de Brandt, «una biografía "normal" es

pocas veces un mérito» (11). En este sentido, escapando a los posibles determinismos a que la sociedad y la época histórica puedan someter a todo hombre o mujer, la biografía de Willy Brandt sirve en tanto que artífice de la Europa que hoy conocemos, para entender a la Unión Europea como algo contingente, como algo que es pero que podría no haber sido, o incluso dejar de ser algún día. Fueron precisamente las actitudes y las decisiones de hombres como Willy Brandt las que condujeron paso a paso la historia hasta donde hoy se encuentra.

NOTAS

[1] Willy Brandt, *El exilio y la lucha (1933-1947)*. Barcelona, Planeta, 1974, p. 46. A partir de ahora, todas las citas de Willy Brandt cuyas páginas se insertarán en el texto harán referencia a esta edición.

[2] Tony Judt, *Algo va mal*. Madrid, Taurus, 2010, p. 209.

[3] Tony Judt, *Algo va mal*, *op. cit.*, p. 140.

[4] *Ibídem*, p. 78.

[5] «Para él sólo había la alternativa "fascismo o socialismo", e indudablemente no se presentaba entonces de otra manera. Ésta no fue, sin embargo, la alternativa que encontró realmente después de la guerra. Se planteó de la siguiente manera: dictadura estalinista o democracia social. La decisión fue inequívoca», p. 15.

[6] «Al hojear los textos que escribí en aquel tiempo —escribe Willy Brandt en 1966—, me sorprende a mí mismo la lucidez con que entonces se planteaba en Inglaterra la necesidad de una comunidad europea y con qué claridad decía precisamente el Partido Laborista que todas las partes interesadas, incluidos los ingleses, harían bien en sacrificar parte de su soberanía nacional en aras de los atributos de los organismos comunitarios europeos», *El exilio y la lucha*, *op. cit.*, p. 127.

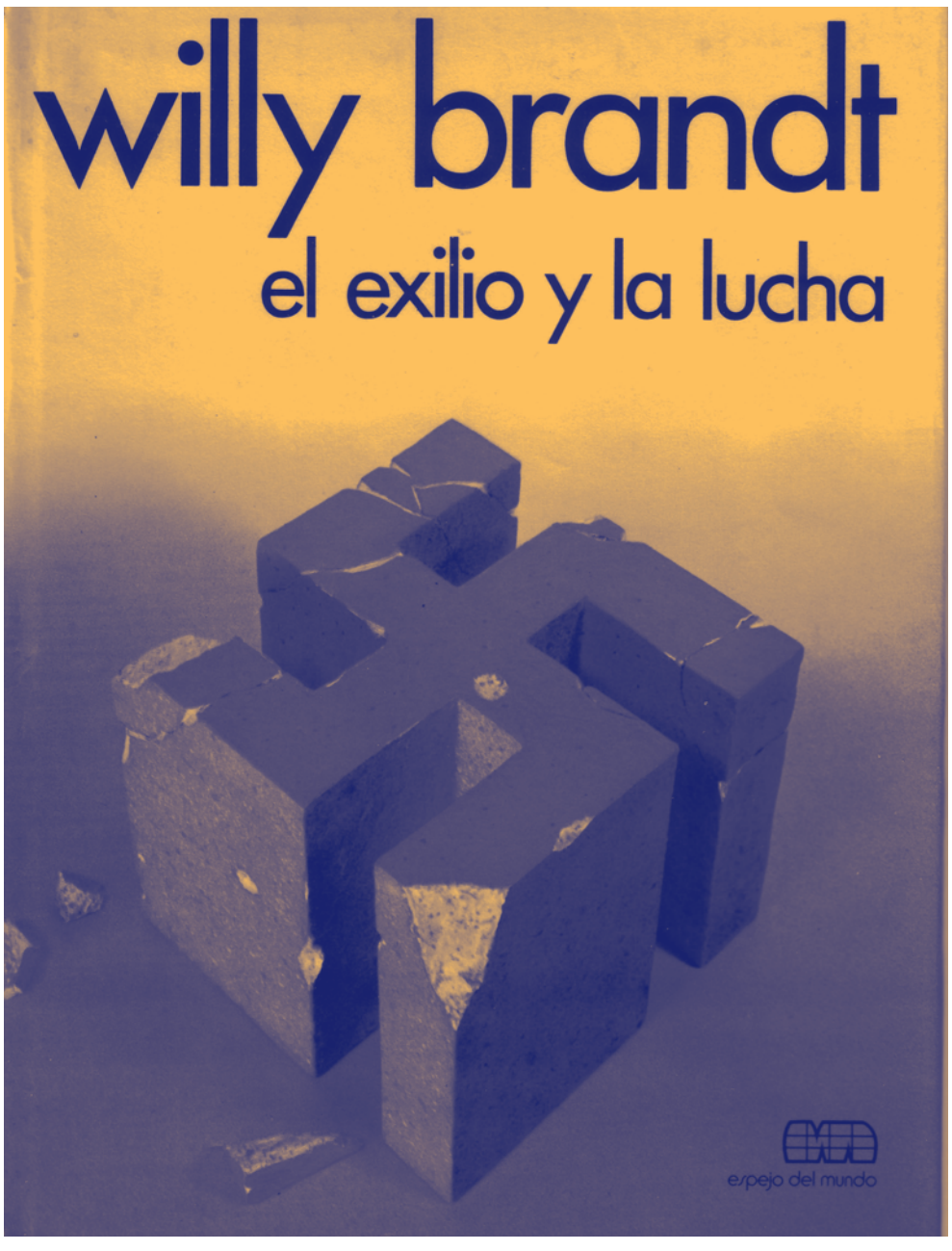
[7] Y continúa diciendo: «Los organismos de ocupación pueden aportar mucho, pero la nueva existencia de Alemania, que espero sea democrática y pacífica, debe ser levantada por fuerzas interiores del país…», *ibídem*, p. 156.

[8] El propio Adenauer en sus memorias, al referirse a cómo se encaraba el periodo posterior a la guerra, manifestaba lo siguiente: «Sólo quedaba una vía para salvar nuestra libertad política, nuestra libertad personal, nuestra seguridad, nuestra forma de vida, desarrollada desde hacía muchos siglos, y que tenía como base un concepto cristiano y humano del mundo: una firme conexión con los pueblos y países que tengan las mismas opiniones que nosotros sobre Estado, persona, libertad y propiedad. Debíamos oponer una firme y tenaz resistencia contra una mayor presión del Este. Era nuestra misión desvanecer la desconfianza que frente a nosotros existía en los países occidentales. Teníamos que intentar, paso a paso, volver a despertar esa confianza. La condición primordial era, a mi modo de ver, la afirmación de nuestra postura hacia Occidente, constantemente y sin vacilaciones. Nuestra política exterior debía ser clara, consecuente y abierta», Konrad Adenauer, *Memorias (1945-1953)*. Madrid, Rialp, 1965, p. 91.

[9] Jean Monnet, *Memorias*. Madrid, Siglo xxi, 1985, p. 487.

[10] Timothy Garton Ash, *Historia del presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90*. Barcelona, Tusquets, 2000, p. 172.

[11] «Cuando escribo 'guerra de España' ya estoy provocando que se me contradiga. Algunos dirán: ¿Por qué no escribe 'guerra civil'? Escribo simplemente 'guerra' porque aquel acontecimiento sobrepasó los límites de un exasperado conflicto interno español», *ibídem*, p. 177.

[12] Timothy Garton Ash, *Historia del presente*, *op. cit.*, p. 78.

Fernando Benito Martín